

*Gabriel
García Márquez*

*Memoria de
mis putas tristes*



GRUPO
EDITORIAL
norma


MONDADORI

Panorama de la novela colombiana entre 1999 y 2009

ÁLVARO MIRANDA HERNÁNDEZ

El presente balance sobre lo que ha sido la novela entre 1999 y 2009, realiza un rápido recorrido sobre algunas de las obras publicadas durante este lapso, para ayudar a reconocer autores y títulos que, como soporte enumerativo, puedan servir para posteriores estudios en los que el análisis crítico sea más detenido. Por ahora se trata de un llamado a lista, de un preguntar sobre quién estuvo presente, aunque, como es sabido, todas las antologías y florilegios van cargados de olvidos, de omisiones. La novela que no quede mencionada acá, tendrá, sin duda, su registro notarial en otra referencia cultural.

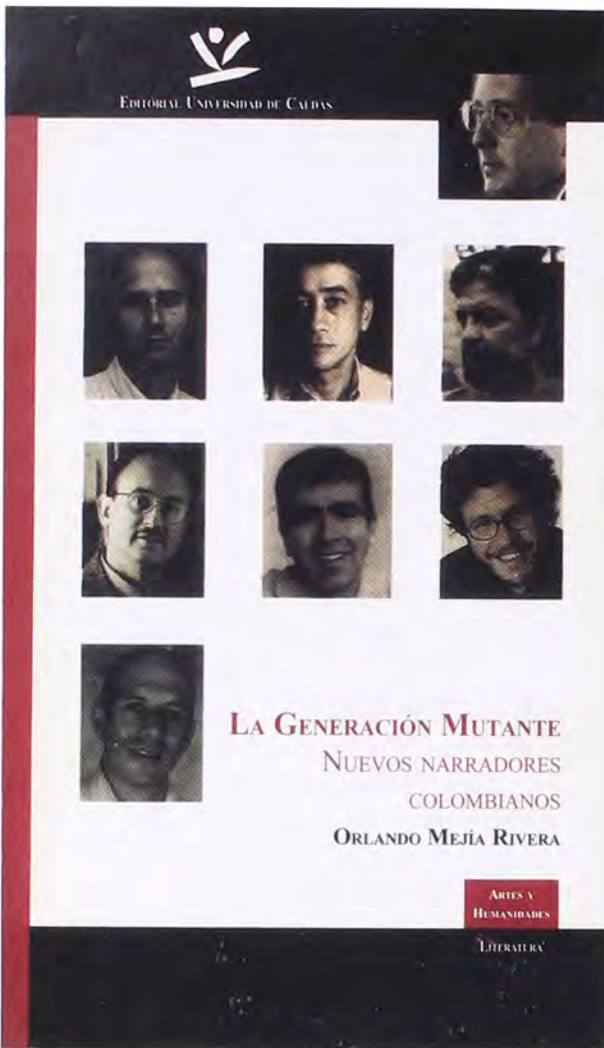
Página anterior:

García Márquez, 2004.

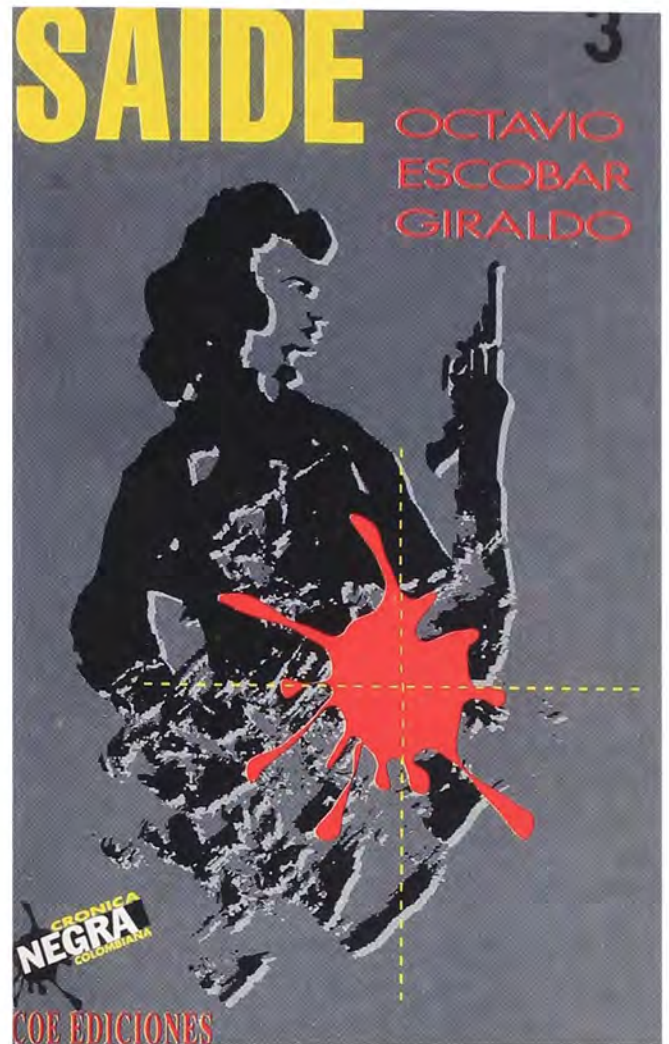
La suerte violenta del país propiciada por los agentes del conflicto durante las últimas décadas, ha llevado a que buena parte de los autores dedicados a la narrativa efectúe un sondeo del fenómeno a través de la ficción. Esto ha establecido una nueva narrativa a la que desde hace años la crítica le ha dado el cacareado nombre de “la sicaresca”. Curiosamente, la presentación de este nuevo estilo de vida urbano ha sido como un regreso a la década de los años cincuenta del siglo xx, cuando los autores de entonces sintieron la necesidad de mostrar la violencia, la sangre que corría unos años antes y unas décadas después del 9 de abril de 1948, con el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán en Bogotá.

De igual modo, en la tendencia del sicariato que está plena de ciudades, calles con semáforos, motocicletas, carros bombas, ametralladoras, drogas, mujeres bellas, madres solitarias y hombres de bigote y pelo en pecho, se puede ver el retorno al costumbrismo, a esa necesidad que hubo en el siglo xix, en los años posteriores a la independencia, de retratar paisajes campesinos, vacas con ubres, viajes en balsas, discursos ideológicos, trenzas en cabellera negra, ruanas, carrieles, conciencia sobre el lenguaje, hábitos, prácticas y rutinas, porque se buscaba con anhelo la nación, esa que no habían construido los colonizadores que querían imponer un reino con súbditos y el paraíso seguía perdiéndose cada vez más en las guerras civiles con intereses económicos, políticos y sociales de los cuales, con el tiempo, se irían perfilando políticamente conservadores o liberales.

Dado que las nuevas generaciones que escriben novela en Colombia asumen el reto dentro de un ambiente editorial de indiferencia, esos narradores corren el riesgo de hacerse solos y sólo significa que al no entrar a imprenta, cada uno de ellos alcanza a ser el único lector de su propia novela. Muchas empresas editoriales impulsan textos ahorradores de palabras, marcados por el estilo libreto, para



Mejía Rivera, 2002.



Escobar Giraldo, 2006.

que se puedan producir, a bajo costo, en una programadora de televisión, como “novelas caricaturas”, como copias malogradas de la vida. Las editoriales no invierten en la difusión de lo que producen o la falta de crítica hace que una vez salgan a las librerías se sostengan solas, con el aliento improvisado que le dan algunos lectores interesados en el tema.

En el sentido didáctico, se puede decir que hay tendencias coincidentes, olfatos descriptivos en la escritura que se pueden sintetizar así:

1. Novelas de la violencia.
2. Novelas de la nostalgia infantil.
3. Novelas entre la historia y más allá de la historia.

Reducir la novela a estas categorías es ofender a la inteligencia. Para fortuna del género, los mismos novelistas se han encargado de tratar de entender las condiciones en las que se halla el espacio intelectual de su trabajo. Tal es el caso de Orlando Mejía Rivera, el novelista nacido en Bogotá, quien además de la ficción, ha indagado sobre lo que ahora se hace, es decir, de establecer en qué consiste y dónde están los cambios de la faena de la creación. Se ha hecho necesario repreguntar. ¿Qué ha pasado con lo que se ha escrito después de Gabriel García Márquez?

¿Qué ha sucedido después de la aparición de su novela *Memoria de mis putas tristes?* (2004). Para Orlando Mejía en su libro de crítica *La generación mutante. Nuevos narradores colombianos* (2002), sí hay un giro de timón que ha producido una ruptura en la que los géneros se mezclan, la memoria se activa y se escudriña una geografía figurada desde los recuerdos personales que han sido salvados del olvido infantil.

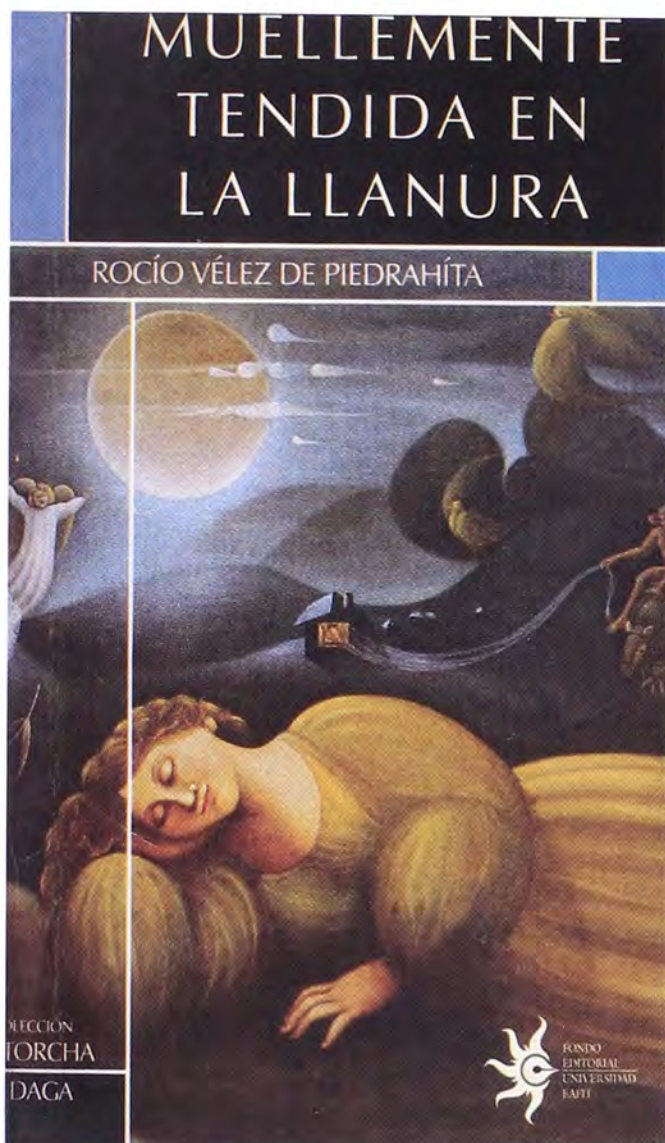
Mejía habla de que, en efecto, después de la época macondiana, se ha producido “una nueva generación caracterizada por la hibridación de géneros, por la mezcla de códigos culturales, la revisitación del pasado, el escepticismo, la ironía y el cosmopolitismo, existe y ya ha dado algunas figuras de obra valiosa y reconocida en el exterior como Laura Restrepo (*Delirio*), Jorge Franco (*Rosario Tijeras*), Héctor Abad (*El olvido que seremos*), Octavio Escobar (*Saide*), Evelio Rosero (*Los ejércitos*), Consuelo Triviño (*Prohibido salir a la calle*), Marco Schwartz (*El salmo de Kaplan*), Efraim Medina (*Érase una vez el amor*)”.

La crítica, en general, y los lectores, en particular, han visto como la novela en Colombia ha servido para recuperar la memoria de un país desmemoriado. Por eso se ha dicho que Mario Mendoza tira un ancla con su libro *Satanás* (2001) para que no se olviden que hemos vivido en un país de psicópatas; que Efraim Medina, con la *Sexualidad de la Pantera Rosa*, interroga el discurso que dan los medios sobre qué sexo puede tener un ser rosado como ese felino de color suave, esa caricatura que hace que su sobrina se pregunte si la Pantera Rosa era hombre o mujer. A esta pregunta aparentemente sencilla, y según concluye Pablo García Dussán, también llegan otros escritores para proponer a su manera el travestismo literario, como sucede con Rodrigo Parra Sandoval con *El don de Juan* (2002) o Alonso Sánchez Baute con *Al diablo la maldita primavera* (2002).

Las editoriales de las universidades han incursionado de modo muy tímido en la publicación de novelas. Hay, desde luego, excepciones. La década de la cual hacemos ahora el balance, comienza con *Muellemente tendida en la llanura* (1999), de Rocío Vélez de Piedrahíta. En ella sus personajes Adelaida, Ramona, Carlos Eduardo o Eugenio, viven una ciudad que se construye en todos sus ámbitos. El comienzo del siglo xx ve el acomodamiento de las clases sociales, el chantaje, la aparición del crimen, los juegos centroamericanos en esas primeras décadas y alrededor del refrán “en cuerpo sano mente sana” del espectáculo atlético, la pobreza, la prostitución y la mafia.

Es la voz de la historia la que habla en los personajes en *Muy Caribe está* (1999) de Mario Escobar Velásquez. El narrador en primera persona comienza con los años de edad y su cercanía a la muerte: “Este año será seguramente, ese en el cual deba morir. Ya he cumplido noventa años que es una edad engorrosa”. La novela es el encuentro de las dos culturas donde una, la que desembarca, pisotea a la otra, la dueña ancestral del territorio y el escenario, desde luego al seguir el título, el Caribe conquistado y después el Caribe defendido. Aparece en escena Pizarro con sus trampas y traiciones, Ojeda que es un volatinero con lo que piensa y Pedrarias el dictador. Del otro lado, y en los mismos encuentros, los indígenas con sus perfiles tomados de una realidad de existencia, porque vivieron en su época, pero nadie quiso pasarlos a los libros de historia hasta cuando la ficción los trajo.

La mujer y sus conflictos emocionales que le da la vida se convierte en la propuesta novelística de Emma Lucía Ardila en *Sed* (1999). El proceso descriptivo comienza con Raquel, quien muestra su vida desde la niñez hasta la edad madura,



Vélez de Piedrahíta, 1999.



Restrepo, 1999.

cuando se casa y fracasa y se vuelve a casar varias veces para terminar en los mismos fracasos que la terminan por llevar a una cárcel manicomio.

La novelista Laura Restrepo escribió en estos diez años cinco novelas. La primera de ellas fue *La novia oscura* (1999), en la cual el amor y la prostitución protagonizan la historia. El burdel se llama Catunga, donde aparecen y desaparecen los personajes típicos en la Colombia en la que hay explotación de petróleo: obreros, guerrilleros, aventureros y desde luego prostitutas. Sayonara, la novia oscura es, por lo mismo, la de todos los obreros de la Tropical Oil Company que cada mes bajan de la montaña. Al lado de ellos, la conciencia, aquel sujeto que quiere salvar a la protagonista de la novela del pecado y que recibe el nombre de Sacramento, un amigo de su infancia.

Aparece después *La multitud errante* (2001), en cuyas páginas, los desplazados, como fantasmas, van de un lugar a otro. Delante de ellos un triángulo pasional. En *Olor a rosas invisibles* (2002), el que vive un amor sin olvido es Luis Campos, un hombre casado que tiene una vida realizada; pero la memoria y la nostalgia le juegan una mala pasada ante la necesidad de encontrarse con un viejo amor, Eloísa, para entender, entre otras cosas, que el tiempo ha pasado y ha hecho sus estragos.

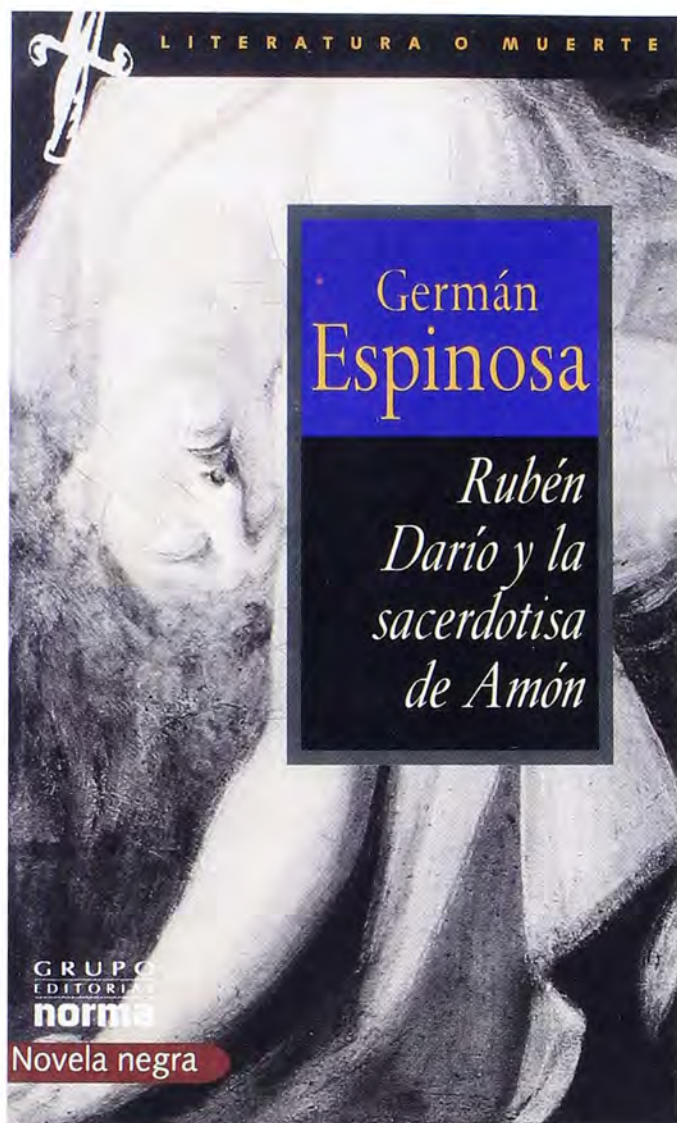
Delirio (2004) comienza con la enajenación. Hay que averiguar porqué la bella Agustina Londoño, miembro de una tradicional y prestigiosa familia bogotana, aparece loca en una habitación de un hotel. *Demasiados héroes* (2009), o la relación curiosa por la desigualdad y la diferencia entre Lorenza, la madre adulta con pasado político y su hijo, un joven apolítico y, desde luego, a ellos sólo puede unirlos el desconcierto devastador.

El cartagenero Germán Espinosa produjo desde el 2000 hasta el 2007, año de su fallecimiento, cuatro novelas, todas ellas con el rigor y la exuberancia de conocimientos que lo caracterizaba. El sólo título de *Rubén Darío y la sacerdotisa de Amón* (2003), donde el lector queda sorprendido al encontrar desde el título del libro dos figuras tan dispares, el poeta nicaragüense de un lado y del otro la Divina Adoratriz del dios egipcio, personaje que ejercía su máxima garantía de facilitar la transferencia de poder de uno a otro faraón. El título intencionalmente es propio de Agatha Christie y así, en ese sentido, la desarrolla Espinosa, como una novela negra, con todas las claves organizadas como si se tratara de construir un rompecabezas que al final dejará a la vista la solución del crimen.

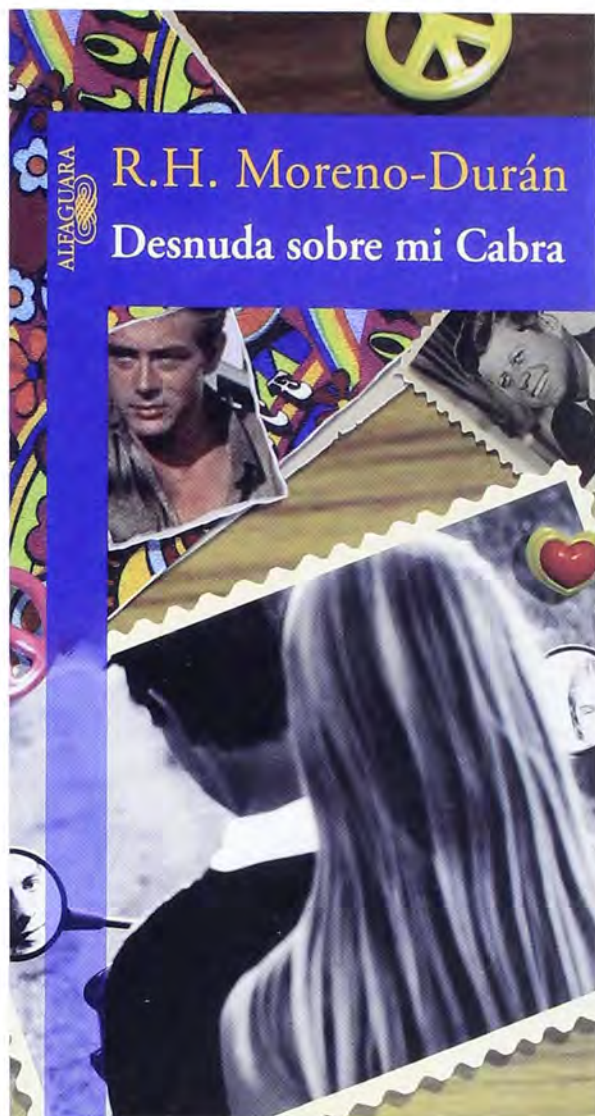
A Germán Espinosa aún falta darle el reconocimiento que se merece. Su escritura es sólida, no está construida con efervescencia pasajera, sino con un toque bien logrado, con un dominio narrativo donde nada se convierte en ripio, en relleno o falsedad creativa. En *La balada del pajarillo* (2000) de nuevo, el narrador invita al lector a que lo siga, a que entre a través de su escritura a un mundo de erudición en todos los campos, sin artificialidad, sólo con el don que tiene un mago que sabe armar sus trucos para que el espectador se sorprenda. En esta novela, con la cual inicia su escritura una vez se pone en marcha el siglo xx, Espinosa sabe describir qué es la intensidad del amor y del desamor en sus personajes, cuáles son tics de los críticos de arte, de los pintores, de la amistad alrededor del vino y, sobre todo, de las vanidades.

La última novela de Germán Espinosa fue *Aitana* (2007). Se la ha visto autobiográfica debido a las marcadas referencias de vida que el autor traslada a las páginas de su ficción. La muerte de Josefina, su esposa, acaecida en el 2005, dos años antes de que apareciera publicada esta novela, dan el inicio del paralelo con el personaje que de igual modo es mujer y ha fallecido. Con la muerte de la dama de la ficción se inicia una cadena de desgracias que las padece el narrador. Todo ello porque no ha querido elaborar el prólogo para el libro de Armando García, un poeta mediocre. El malogrado poeta, que no ha merecido las palabras del preámbulo, se ha convertido en brujo y, posteriormente, en el mismo demonio. Su venganza va contra el matrimonio y contra todos los que lo rodean. Por ello J. M. Rubiano-Salazar, un gran amigo del protagonista, padece un cáncer, se da el suicidio de un periodista cercano, el encarcelamiento y posterior muerte de una joven y otros eventos que se le atribuyen a los arreglos brujos de Armando García.

En *Cuando besan las sombras* (2004), Germán Espinosa gira en torno a la música y a los fantasmas. El lugar propicio para su desarrollo es Cartagena de Indias. El Caribe en Espinosa vuelve a estar presente. El protagonista es un joven músico, Fernando Ayer, quien acaba de finalizar sus estudios en el exterior y retorna a su ciudad de origen. Ahí, con su pareja, la estadounidense Marilyn, se radica en el solariego barrio de Manga en la ciudad colonial. En su diario, que es buena parte de la novela, anota como hace los arreglos de su *Sinfonía del espectro*. El músico quiere que su composición incluya al final una marcha fúnebre para homenajear a los muertos incalculables que ha dejado la guerra que hace veinte años tiene sumido al país en la desgracia. En este momento del desarrollo de la trama, Germán Espinosa



Espinosa. 2003.



Moreno-Durán. 2006.

lleva al lector al refinamiento de la música, pues a través de su personaje establece como debe ser la composición que incluya a Mahler, con un moderato, después con un scherzo en si bemol mayor, y se detendrá con un poco moderato en un compás de 6/8. Después llegan los fantasmas. Los quejidos de una mujer espanto que se confunden con los gemidos orgásmicos de su compañera Marilyn. La investigación hace que Fernando Ayer indague sobre la casa, sobre sus antiguos habitantes, hasta encontrar la crónica de un periodista puertorriqueño que había habitado aquel sitio fantasmal donde las sombras se besan. En la imaginaria crónica del periodista borinqueño que ha creado *Espinosa*, buena parte de ella sucede en la misma Cartagena, Buenos Aires, Puerto Rico y París, donde aparece Oscar Wilde.

Desnuda sobre mi Cabra (2006), es la novela póstuma de Rafael Humberto Moreno-Durán. El título, de por sí inquieta. La inquietud se apacigua cuando el lector se entera que todo es coherente, pues se trata de una motocicleta *scooter* llamada así, cabra, de color vino tinto y a lo mejor sobre ella haya una mujer desnuda. Esta historia no puede ser sino de un grupo de jóvenes que no pasan los veinte años de edad, con vestimenta muy propia de los años sesenta. Y como de época se trata, el tratamiento del autor está en que se enmarca con la presencia de Camilo Torres, el cura guerrillero, con la llegada de los Kennedy a Bogotá y con la muerte de la amante de este presidente de los Estados Unidos, la actriz Marilyn Monroe.

Luis Fayad, colombiano nacido en Bogotá, pero con ancestros libaneses, retoma en *La caída de los puntos cardinales* (2000), esa diáspora que de oriente traen quienes buscaron a este lado del mundo, la suerte del no se sabe qué. Fayad divide su novela en tres partes y cada una de ellas tiene dieciocho capítulos. En la primera, el barco sale de Beirut con los personajes. En el viaje los protagonistas comienzan a tener vida literaria. Son emigrantes y, por lo tanto, han tenido que dejar su país de origen, el Líbano, porque está ocupado por los turcos. Aparecen en la acción los esposos Dahmar Abderrahud y Yanira Bint Yanirahini. Un hombre que ha sido anarquista, el herrero Muhamed Ibn Muhamedin y tres más, los hermanos Jalil e Hichán Kadalani, este último viaja con su esposa Hassana. Su destino es el antiguo puerto de Sabanilla, cercano a Barranquilla y un país pobre, perdido en el costado sur del mundo que termina el siglo XIX y reinicia el XX en guerra civil. La segunda parte trata de lo que significó la adaptación a la nueva patria, las importaciones de trigo de Dahmar y el almacén de los hermanos Kadalani. Para la tercera parte ya han pasado diez años y se relata cómo los viajeros se sobreponen a ese maremágnum de contradicciones en que se ha convertido la vida mezclada de sueños, la traza que dejan los negocios, el cambio de casa de los Abderrahud, la economía en las relaciones personales donde hay ascensos y descensos, y en estos últimos se percibe la decadencia del negocio de los Kadalani, que como solución a la crisis buscan cobrar un seguro provocando un incendio que no se da. Dos novelas más escribió en esta década Luis Fayad. La segunda fue *Testamento de un hombre de negocios* (2004) y *El regreso de los ecos* (2006).

Por la vida del circo se va Carlos Perozzo con su novela *La O de aserrín* (2004). El título ya ubica al lector sobre la plataforma en la que los payasos-trapecistas actúan. Pero a lo que nos lleva Perozzo es a los misterios de esos seres que saltan, ríen en sus tragedias y se juegan la vida en medio de un carnaval construido día a día con el espectáculo que ya deja de pertenecerles.

En el 2002 Luis Fernando Charry publicó su primera novela *Alford*. Dos años después aparece *Los niños suicidas* (2004) cuyo comienzo hace concordancia con el título, en el momento en que uno de sus protagonistas señala su final: “Este es el último anochecer que me corresponde. Soy Matías Lara, poeta, tengo veinte años y ahora, a partir de este instante, digamos, inicio mi viaje triunfal hacia la muerte”. La puesta en escena tiene todos los visos de la temática propia del romanticismo, la búsqueda de la muerte en los personajes que en este caso son adolescentes y se llaman Sara y Matías, pretenciosos intelectuales, pero el escritor sabe manejarlos con planteamientos de técnica literaria que desbordan el orden de la modernidad en el estilo, para hacer simultaneidad con el posmodernismo.

La novela del antioqueño José Libardo Porras, *Happy birthday, Capo* (2008), es una de esas obras cuyo argumento se enmarca dentro del tema de los capos que tan lastimosa carrera ha hecho en Colombia. La trama camina hacia lo intimista para de este modo separarse un poco de la fragilidad del guion de la televisión que, como se dijo al comienzo, se enfoca a hacer una fotografía de la violencia diaria de quienes se hallan enmarcados dentro de la ilegalidad. El autor logra internarse en el personaje para dar un manejo psicológico. El protagonista se halla frente al drama de sus últimas ocho horas de vida y aparecen sus miedos, angustias, la desconfianza ante quienes se suponen son sus amigos y, en la incertidumbre de una “celebración”, el día de su cumpleaños, 2 de diciembre de 1993, lo sorprende la muerte.

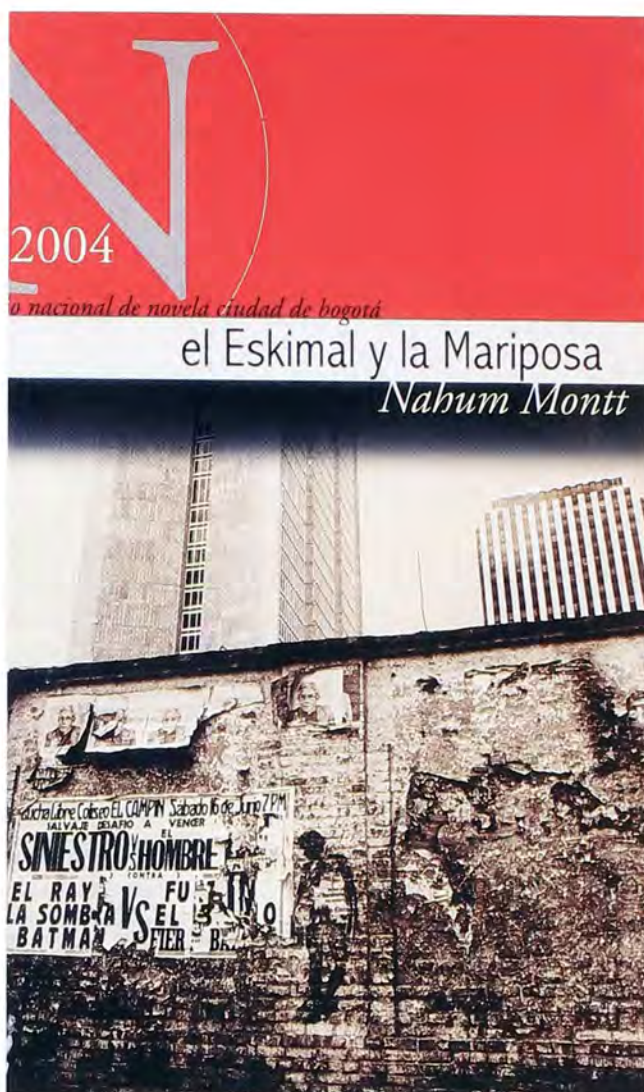
Hasta ahora la narrativa del sicariato en nuestro medio ha sido una novela liviana, que no lleva al lector a una reflexión interior. Sin embargo, en esta novela

Luis Fayad

*Testamento de un
hombre de negocios*



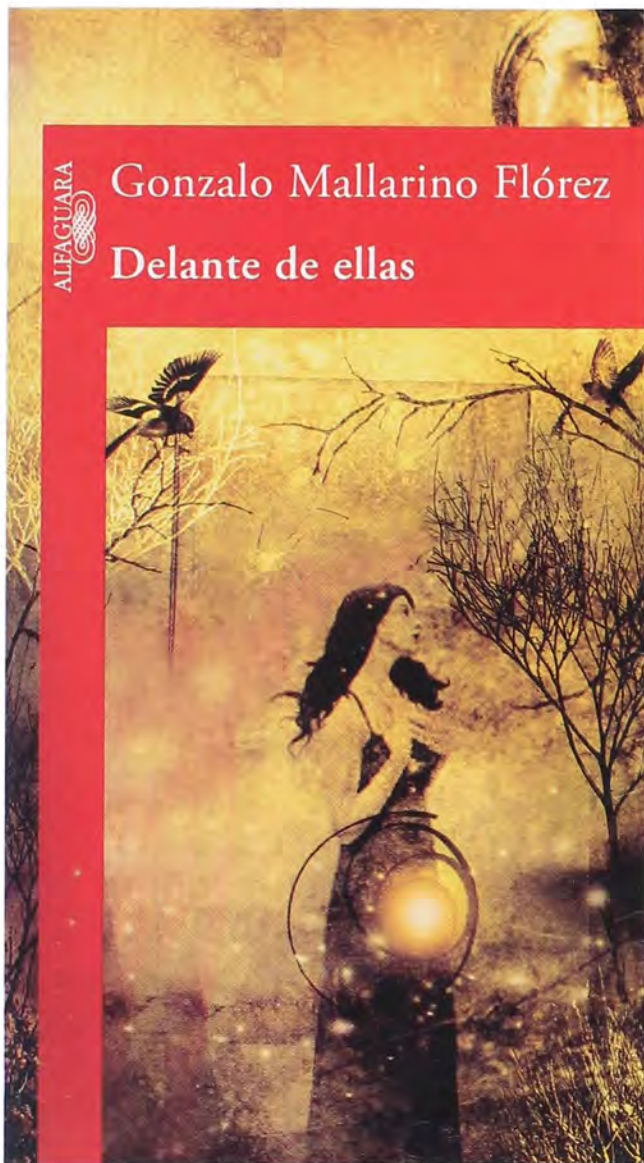
Fayad, 2004.



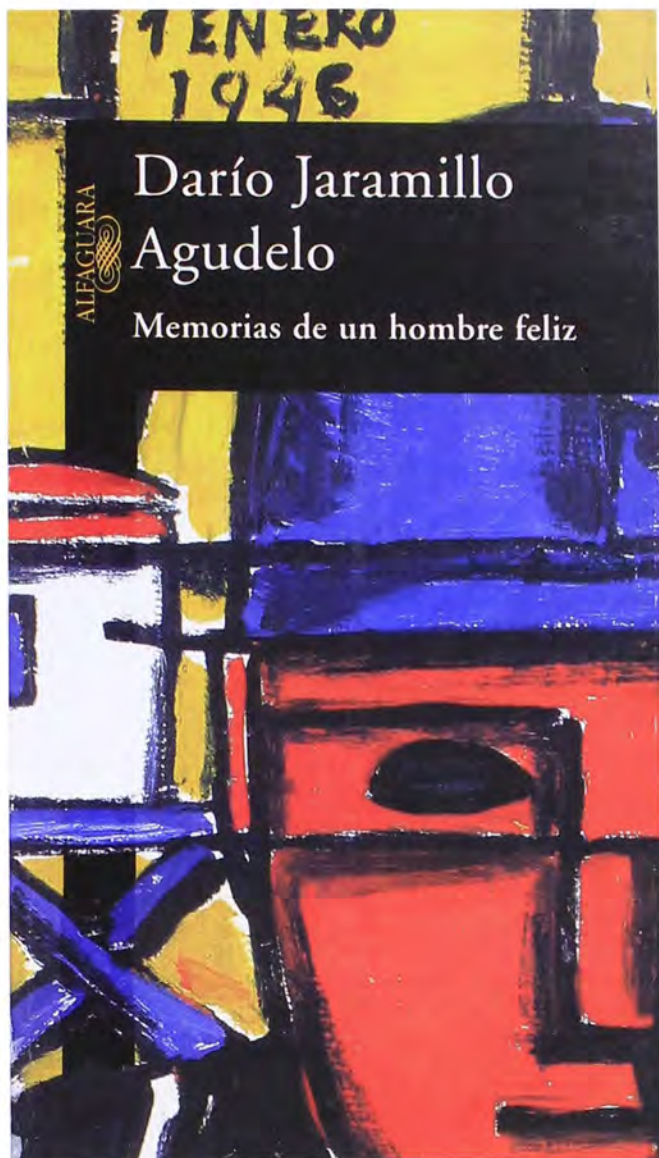
Montt, 2004.

de Porras, como afirma Alejandro Lizcano: “Sobra decir que la tensión se mantiene, y que el autor, a diferencia del personaje, logra salir airoso de una propuesta ambiciosa, como lo es rescatar una historia entre las ruinas de otra ya muy contada”.

Con *El eskimal y la mariposa* (2004), Nahum Montt, narrador nacido en Barrancabermeja, obtuvo en el 2004 el Premio de Novela Ciudad de Bogotá. En la obra aparece la realidad de dos magnicidios: el del candidato presidencial Bernardo Jaramillo Ossa y el de Carlos Pizarro Leongómez. El realismo, sin ningún tipo de magia, se pone los zapatos de la imaginación para convertirse en juez y censor de la impunidad. El escritor tiene deseo de ser testigo a través de su personaje el Coyote, ese escolta, como los tantos conocidos que se mueven entre dos aguas, en el de las oscuras del hampa y entre las de la policía y la conspiración política. Los escritores de esta temática, incluido Montt, oscilan entre la misma edad (no incluir a Fernando Vallejo ni al ya mayor García Márquez, a quien se le quiere incorporar dentro de este espacio con el libro de no ficción *Noticia de un secuestro*) y han despertado a la vida literaria bajo este nuevo aguacero de la violencia en Colombia y lo han señalado como el necesario punto de partida creativo. Por ello, en *El eskimal y la mariposa*, los hechos están ahí, en sus páginas, con nombres propios, con lugares conocidos de Bogotá y de la ficción de las canciones infantiles o del cómic, al que tanto le debe la literatura de las



Mallarino Flórez, 2005.



Jaramillo Agudelo, 2000.

generaciones nacidas después de los años cuarenta, porque al lado del Coyote, aparece el Eskimal, Casandra, Pitufo, Mambrú, Jerry y otros tantos más. Pero el escolta detective de marras no es alguien pintado en la pared, es, al contrario, uno de esos siniestros personajes que la realidad ha sembrado en nuestro medio y ya, en el costumbrismo actual, forman parte de nuestra tradición del *Underground* o mundo subterráneo, al servicio de la política nacional.

Cuatro novelas escribe durante la década en estudio Gonzalo Mallarino Flórez. La última en aparecer es *Santa Rita* (2009) trabajo literario que señala con precisión el retorno a la propia infancia a través de la voz de Antonio, el personaje que deja un mundo conventual por sus costumbres, para trasladarse a una diferencia de experiencias, a tierra caliente, con espacios que ya no son la neblina ni el olor a incienso de la capital colombiana en el frío páramo y que ya Mallarino había logrado llevar a sus lectores en un viaje de temporalidad y dramas psicológicos. Por ello, en este sentido, las tres primeras novelas de este narrador bogotano tienen su asignación temporal en la ciudad que fundara Gonzalo Jiménez de Quesada y se constituyen en una especie de novelas río, en novelas de continuidad, con sucesos de cien años de diferencia. Bogotá es para Mallarino época

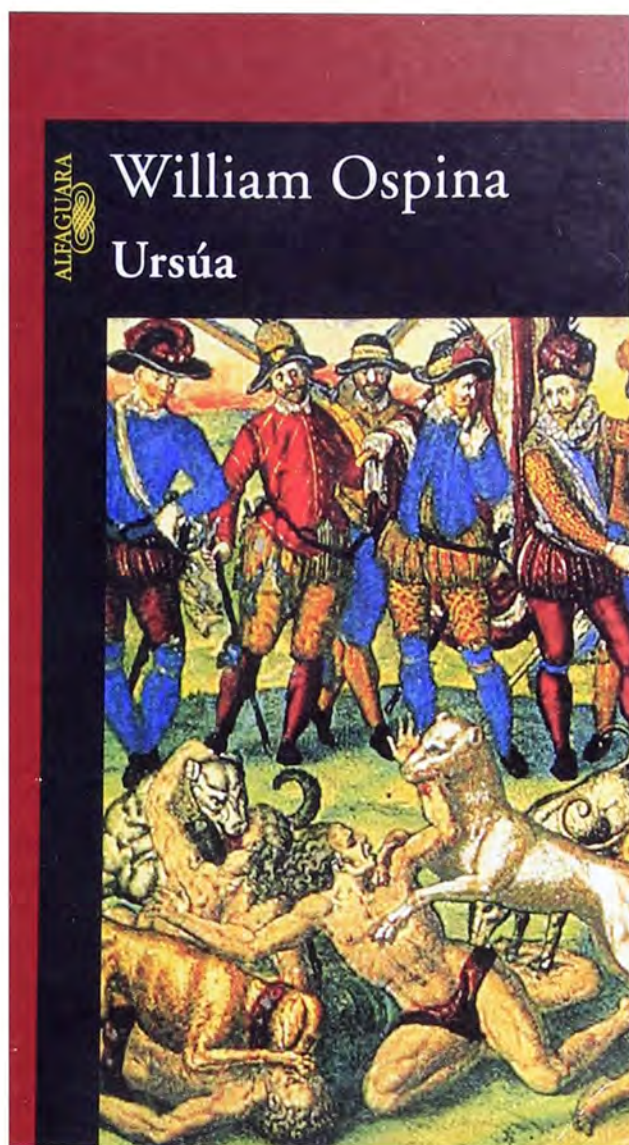
y, a su modo, requiere de un novelista como en su tiempo lo fue Osorio Lizarazo. Para la década que se estudia, el autor de la trilogía bogotana, ha traído a nuestro presente, sin dejar el pasado en que los personajes vivieron, una serie de mujeres que se ven actuar, caminar, dialogar y sufrir. Ellas son la historia de la ciudad. Existieron en el amor y en el sufrir, porque la temporalidad es la que se encarga de ofrecer la tragedia en su existencia. La mujer para Mallarino se torna en un ser luchador. Las enfrenta como autor a situaciones que superan el papel simple y las lleva a que resuelvan las fatalidades de su época como sucede con Raquel, la médica, en *Según la costumbre* (2003), quien vive una atmósfera melancólica y fría de finales del siglo XIX. Algo similar se puede decir de Alicia Piñeros en *Delante de ellas* (2005), quien como galena se enfrenta a las infecciones y fiebres puerperales de las mujeres en parto en los hospitales y, finalmente, el personaje con el nombre que le da el título al libro *Los otros y Adelaida* (2006), comienza en un ambiente sutil en el que la protagonista encuentra una casa con un niño ciego y un ángel de yeso, situación que coloca desde un principio al lector ante la necesidad de descifrar símbolos y más aún cuando la figura en escayola se parece a su hija fallecida.

Memorias de un hombre feliz (2000), de Darío Jaramillo Agudelo, es, en otras palabras y por equivalencia, “la historia de cómo asesiné a mi esposa”. Con esta novela el poeta colombiano nacido en Santa Rosa de Osos, da inicio en la década que nos concierne, a un prolífero trabajo al que hay que sumarle a su haber las siguientes publicaciones: *El juego del alfiler* (2002), *Novela con fantasma* (2004), *La voz interior* (2006). Con la primera de las mencionadas el lector queda atrapado, porque si bien aquí no se trata de una confesión y en términos oficiales no puede hablarse de asesinato, el asesino y su actuar se precisan para adentrarse en la escritura de lo cotidiano de una vida conyugal. No hay tapujos, no hay incógnitas y en su claridad está la certeza narrativa. El protagonista decide, para quitarse de encima el control excesivo de su esposa, asesinarla con la misma discreción con la que ella lo dominaba. Con humor y sencillez en el lenguaje, la novela nos pone en las mismas coordenadas mentales del asesino, hasta el punto de hacer sentir al lector cómplice del crimen. El autor maneja de tal modo el humor negro y el sarcasmo a lo largo del relato, y se ve cuando logra convertir al famoso analgésico, la aspirina, en la dosis letal para la mujer, pero salvadora para el marido. El autor ha tenido la certeza de decir: “He vivido en un tiempo y un lugar en los que todo el mundo se exime sin reato de cumplir la ley, no sólo el hampón. Cualquiera —por ejemplo un tecnócrata rico y aficionado a la relojería—, llegado el momento, llegada la necesidad, encontrará razones para considerar que la ley no se le aplica y procederá en consecuencia. Me gustaría un lector cómplice del texto y de la historia. Corre el riesgo, eso sí, de convertirse en el cómplice de un asesinato”. Gracias a esta obra, el descifrador de incógnitas (el lector), puede tomar un respiro, salir un poco del costumbrismo del sicariato y mirar para dentro de los demás y de sí mismo la parte oscura de una vida común, de gente del común, en un lugar que no es común encontrar en nuestra literatura.

Con *Los años extraviados* (2007), el poeta samario José Luis Díaz Granados, autor de varias novelas a través de su trayectoria literaria, completa la segunda en el decenio que ahora se estudia, antecedida por *Ómphalos*, que en el 2003 se dio a conocer por Ediciones Tritón en La Habana. Extraviar los años tiene muchos sentidos, y entre ellos se puede decir que es como en *Busca del tiempo perdido* de Proust, recuperar a través del arte la existencia. Es una novela vivencial, donde Faustino Almaguer tiene, por encomienda del narrador, la tarea de rescatar la



Montoya, 2008.



Ospina, 2005.

aldea, que en este caso es el barrio Palermo y sus alrededores como La Soledad, Teusaquillo y Chapinero, lugares donde la vida adquiere sentido y sinsentido, porque termina, como residencia, por convertirse en el mundo total de la existencia de los seres humanos que son más sedentarios que nómadas. No se trata simplemente de una novela de barrio, se trata de una novela de vida en la cual las propuestas de grandeza, de surgir más allá de la juventud, encuentran sus vértigos y sus abismos.

Pablo Montoya, con *Lejos de Roma* (2008) está en la historia y más allá de ella. Este joven escritor no se amarró a la vida de su entorno, a las limitaciones de lo que ya está agotado como temática de la nueva violencia, sino que a través de Ovidio, el Triste (Publius Ovidius Naso, el poeta romano), hace que el lector comprenda aquellos espacios no artificiales que como autor ha podido construir con el manejo de lo que es la poesía, el saber y el tejido del pensar de un desterrado que en últimas, como consecuencia de la ficción con que lo maneja Montoya, el lector termina por entender que no es propiamente el romano el que se manifiesta, sino el que lo conoce y sabe reflexionar a través de la novela. Ovidio no es un fantasma del ayer, Ovidio es el hombre contemporáneo con todas sus cargas, y por ello desde su historia traspasa todas las historias.

Lo primero que el lector enfrenta al tomar en sus manos *Derrota victoriosa* (2001), de Joaquín Bretón Fajardo, es su volumen. De inmediato encuentra una narración intencionada y cargada de resonancias en el lenguaje que aparece llena de alteraciones y desobediencias gramaticales. El escenario está dentro de la historia del departamento de Santander, sus guerras civiles, la presencia de los inmigrantes, entre ellos los alemanes que se situaron para bien y para mal en su territorio, el negocio de la quina, el tabaco y al final la muerte trágica del hombre de ciencia, el segundo en la Expedición Botánica de José Celestino Mutis, el presbítero Eloy Valenzuela.

William Ospina obtuvo con su novela *El país de la canela* (2008) el premio Rómulo Gallegos en el 2009. De ella, al leer el veredicto, un miembro del jurado, la escritora argentina Graciela Maturo, dijo: “se trata de una lectura interpretativa de los primeros viajes de los europeos por el continente con una fuerte proyección hacia el presente”, pero luego agrega, “su excelencia literaria reside en una sólida estructuración de los capítulos y un sólido lenguaje”: al parecer, como lo ha manifestado el propio autor, su escritura tuvo el propósito de rescatar la conciencia de los indígenas sobre lo que significó el choque entre las dos culturas. En resumen, también se puede decir que su estructura literaria se teje como la búsqueda del padre. El personaje, un niño, se enamora de las historias en que su padre es un héroe. Cuando el tiempo pasa, con unos años más encima, se entera de la muerte de su progenitor y decide hacer el mismo camino que alguna vez hiciera aquel ser que le había dado la vida y lo había ilusionado con el conocimiento de sus aventuras y, a la vez, exigir las riquezas que su antecesor había logrado en vida.

La otra novela de Ospina fue *Ursúa* (2005), en la que, con un lenguaje poético y una minuciosa descripción de la historia, el autor aborda la vida del conquistador Pedro de Ursúa. En ella se explaya, con la claridad propia de la sutileza literaria, la confirmación trágica de lo que fue la colonización española y el mágico encanto de la vida primordial del indígena: “En tiempos de Pedro de Ursúa había mares de perlas y flechas con la muerte pintada de azul en la punta; había muchachas bellísimas que se alimentaban de piojos; había ranas más venenosas que diez mil indios y serpientes en el fondo de los lagos que tenían alianzas con el trueno; había muchedumbres guerreras más silenciosas que la niebla y legiones de cristianos avanzando con el credo en los labios entre aldeas de brujos y selvas mortales”.

El síndrome de Ulises (2005) de Santiago Gamboa, es París, pero el París de la asfixia que sufre el escritor latinoamericano que se halla en el autoexilio, aunque a su lado esté todo el aire, todo el oxígeno de un cielo azul que no lo deja respirar porque en el extranjero está la soledad de ser un extraño, inclusive para sí mismo. La ciudad idealizada se torna nostalgia, depresión para el que la pisa día tras día sin las condiciones de disfrutarla, sólo de malvivirla en el escape como solución de vida. Los inmigrantes ilegales sufren el síndrome de Ulises, con síntomas como el desarraigo, sensación de baja estima, miedo, hambre, precariedad total, el sin raíces que ya no es el triunfador que se planteó antes de llegar a su destino, sino que puede ser el lavador de platos que se hunde en la depresión, en el subfondo de un restaurante oriental y afuera la luz de una ciudad que alumbró su luz para otros.

El tema del viaje ya lo había hecho Gamboa en otra de sus novelas publicada años atrás, *Los impostores* (2002), pero de un modo diferente, porque en este caso es la excentricidad de los personajes la encargada de sacarlos del tratamiento de la depresión psicológica en un país extraño, que en este caso es China. Ahí llega el periodista colombiano que vivía en París con la misión de realizar un reportaje en

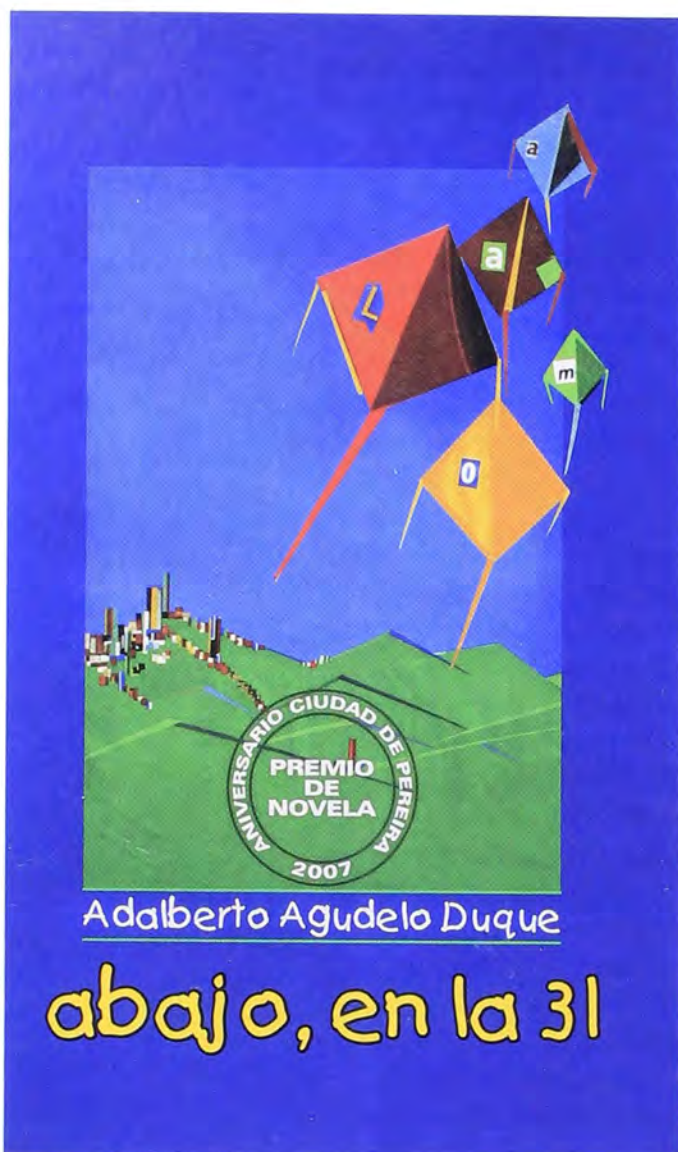
Pekín, y la aventura sigue con la búsqueda de un manuscrito, que no es otra cosa que un libro llamado *Lejanas transparencias del aire*, de un supuesto autor de nombre Wang Mian. Acá la historia se va más allá de la historia y nadie sabe cuál era el sentido que buscaba su creador.

Con *Vida feliz de un joven llamado Esteban* (2000), Santiago Gamboa hace un giro temático para ubicarse en la nostalgia infantil, pero esta vez desde el recuerdo de un adulto, de aquel que en la novelística de este autor nos lo tiene ubicado, siempre, en su punto de partida en París. El recuerdo es hacia su familia y el lugar de crianza, una finca en la población de Mesitas, muy cerca de la capital del país. La moraleja es sencilla: si un joven de clase media acepta crecer en medio de padres cultos y trabajadores y asume las oportunidades de educación y la aventura de los viajes, termina por convertirse en una persona de bien.

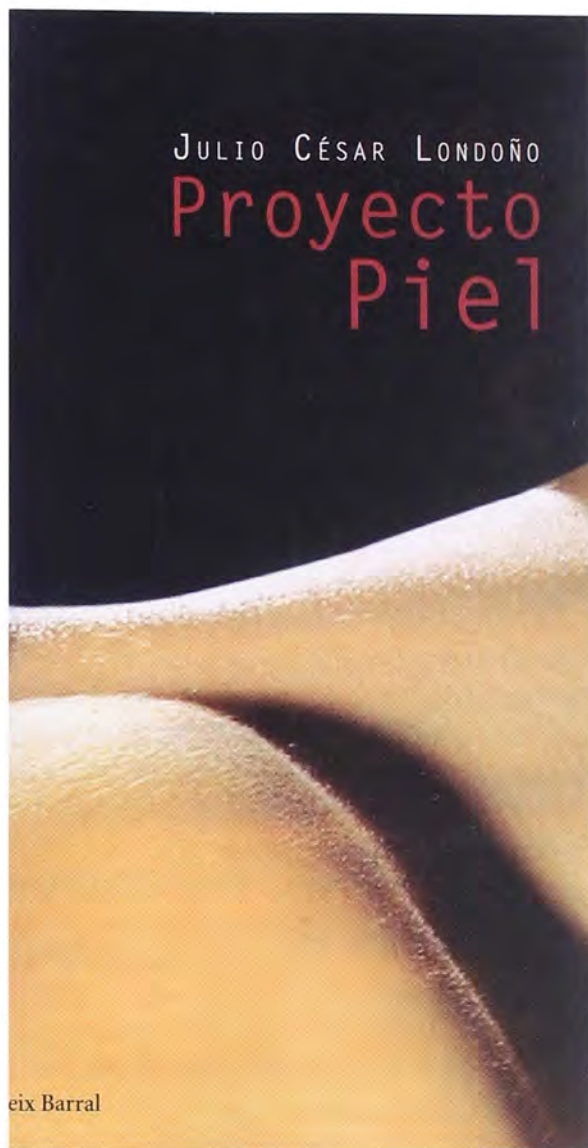
Necrópolis (2009) es la novela más reciente de Santiago Gamboa. En cuanto a comentarios, la crítica ha estado dividida a pesar de que fue galardonada con el Premio de Novela La Otra Orilla, de la editorial que ahora la deja conocer en primera edición. Mientras unos dicen haber visto la obra con mucha “carga poética”, otros aseguran que percibieron “historietas cursis”. Se trata, también, de una novela de personaje viajero, y en esta ocasión el turno es para un escritor, quien después de una larga enfermedad, tiene como destino Jerusalén, donde ha sido invitado a un congreso de biógrafos. La ciudad está en guerra, cercada y a punto de caer. Aparece entonces un librero, una actriz italiana de porno, un empresario colombiano, Moisés Kaplan, y José Maturana, un ex pastor evangélico que tenía otros ex, como ex drogadicto, ex convicto. Unas horas después de abandonar el recinto del congreso, Maturana aparece muerto y con su muerte las incógnitas.

Los personajes de Gamboa siguen siendo trashumantes. Los de su novela *Hotel Pekín* (2008) se conocen en el avión y al final coinciden en el lugar de hospedaje, en el bar del hotel donde se reúnen para conversar de lo que han pensado efectuar en el país oriental. Para uno de ellos, que resulta ser en verdad un colombiano llamado Francisco Munévar, quien ha renunciado a su país y a su identidad para adquirir otra personalidad y el nombre de Frank Michalski, el choque se inicia en el momento de dictar un curso con uno de sus alumnos, el empresario chino de telecomunicaciones Li Qiang, quien lo desubica al demostrarle que todo lo que el colombiano dice y hace, inclusive su vida, es una perfecta farsa. En otro sentido se halla el periodista y escritor Cornelius F. Bordewich, quien busca en Pekín una historia lo suficientemente interesante para transcribirla en crónica y probar a través de una tesis lo que es la cuestión humana. Pero el mundo es más dinámico que ellos y a veces incomprensible con lo que sobre el planeta puede suceder. Tras las ventanas del Hotel Pekín la vida pasa, continúa sobre una ciudad que se convierte en escenario de guerras e instantes maravillosos. Para algunos críticos el libro decae cuando llega a la mitad. Michalski se vuelve predecible y sobra al momento de escribir crónicas emotivas y caminar por las calles de la gran ciudad.

La novela *Abajo, en la 31* (2007) del narrador de Manizales Adalberto Agudelo Duque cuenta las historias de la infancia, de los juegos, las canicas, las cometas, escritas con lenguaje de protagonista infantil, pero con la madurez de un narrador adulto. Esta obra se asimila a una tendencia que podríamos calificar de documentación a la nostalgia, en la cual el novelista trae a la escritura el recuerdo de las ciudades y pueblos en los que pasó su vida, sin ejercer opinión, sólo una muestra de vivencias que permiten reconstruir un determinado momento que puede o comienza a desaparecer. En cada capítulo reconstruye, con sus personajes, lo que ha



Agudelo Duque, 2007.



Londoño, 2008.

sido, lo que está a punto de desaparecer, la vida de un pueblo que se llama Caramanta: “Como todos —dice el autor— con cuatro o cinco bloques de casas, dos carreras, la alcaldía, y una calle larga a cada extremo por donde Beto, amigos y familia salían o llegaban siempre en dirección norte a sur”. Este libro recibió el Premio de Novela Ciudad de Pereira 2007.

Alineamos en este sentido otras novelas, como *Isaac* (2000) del escritor de Montevideo, José Luis Garcés González. En ella el autor hace el retrato de un joven de provincia que está interesado en el estudio de la literatura y a la vez ser creador. Aparecen aventuras que recogen la vida estudiantil de un municipio en el cual Isaac comienza su historia con lecturas en la imaginaria ciudad de Lorca, hasta llegar a Barranquilla, la urbe grande en la costa norte de Colombia y pasar después a Ciudad de México, su otro destino en donde el personaje vive aventuras para luego retornar a su lugar de origen, su punto de partida. Desde el epígrafe, tomado de Jorge Luis Borges, la novela se define así: “Cualquier destino, por largo y complicado que sea, consta en realidad de un solo momento en el que el hombre sabe para siempre quién es”. El prólogo encuentra en ese destino una pregunta: “¿Relación de su vida con su nombre? Ahora lo encuentra. Él quizá también fue ofrecido en sacrificio, no al Señor en prueba de obediencia, sino al desamparo de una madre solitaria y triste”.

Editor de libros de literatura, Alfonso Carvajal reconstruye en su primera novela *Hábitos nocturnos* (2008) a la capital del país, que queda enmarcada en un recuerdo a través de su protagonista, que en este caso es el padre Saldarriaga, personaje que muestra un mundo extraño que no se circunscribe a lo que el canon dice que debe ser un clérigo: “Una noche me asomé a la ventana y entre las ramas de un pino descubrí el movimiento anormal, un cuerpo indeterminado que sube a la cúspide de un árbol, pensé en un vampiro que volaría en busca de la sangre del primer ciudadano que cruzara cerca de allí. El extraño se posó en cuclillas en una rama gruesa. Me pareció que oraba, que iba a volar y distinguí a Saldarriaga como un ángel alucinante saludando a Dios desde las alturas”. Todo lo que sigue está dentro de lo posible en el accionar de los antihéroes, el padre Saldarriaga es un adicto a la cocaína. En el entretejido de la novela, Carvajal registra fotográficamente las calles, los colegios, las iglesias y el sentir de la vida de una Bogotá nocturna y ruda.

El tema de *Proyecto piel* (2008) es extraño porque no ha sido común en nuestro medio. Su autor, el cuentista y ensayista Julio César Londoño, nacido en Palmira (Valle), comenta así su novela: “[...] después aparecieron Lina y Manuel, una pareja que fue muy feliz hasta que la desgracia les agió la fiesta: les nació un hijo autista. Desesperados por romper el muro, Lina y Manuel ensayan los mil y un estímulos que sólo el amor puede explorar, hasta que un día echan mano de mi colección e inventan el juguete más extraordinario concebido jamás por una mente humana. Es algo tan poderoso que puede convertirse en un negocio redondo, o hacer de la educación una fiesta, o darle un norte a la azarosa empresa de la evolución, o enseñarnos secretos de ese viejo compañero del alma, el cuerpo, o mutar en un engendro pérfido, un laboratorio de observación de las reacciones humanas, un ingenio que, de caer en manos de los publicistas, serviría para manipular la conciencia de la masa como si fuera plastilina. Algo, en síntesis, que puede resumir todo el bien o multiplicar todo el mal que guarda el alma del animal semidivino que somos”.

La novela *Donde no te conozcan* (2007) y *El hombre de diamante* (2008), como es la costumbre del autor Enrique Serrano, siempre se sale de la localidad para trabajar su ficción histórica en otros ámbitos y con personajes que están afectados por el misterio y la dureza como sucede con *Tamerlán* (2003) en la que el visir Mohamed Koagin ha sido degradado a cocinero. En ese estado de cosas se le otorga una misión fundamental: instruir como rey al nieto del gran Timur, conocido en occidente como Tamerlán. El visir, en su trabajo educativo, relata epopeyas increíbles sobre un hombre que dirigió un ejército invencible y con su acción pudo asolar a Bagdad y a Moscú, y con ello pudo levantar a Samarcanda, donde artistas, poetas y eruditos tenían el encargo de resguardar la memoria como una joya insuperable.

Álvaro Robledo Cadavid en *Nada importa* (2000) también trabaja el exilio, es decir, recoge el trasegar del latinoamericano que en Europa u otra parte del mundo se tiene que ver con su condición de servidor de limpieza de baños o meterse en una taberna para ver qué le puede llegar. Ahí, en esta novela de Robledo Cadavid, el lugar del personaje es una taberna en Oxford y en adelante todas las aventuras que se pueden dar con amigos daneses, irlandeses y mujeres rubias cuando la vida llama a un auto Ford Mustang 1977, único de gran velocidad y diseño. Pobres latinoamericanos, siempre en aventuras sin sentido para encontrar el sentido que no existe.

Mauricio Bernal, *Tácticas contra el tedio* (2008). El tedio, el aburrimiento o hastío es lo que vive el personaje, el profesor Santiago Buscáceres, cuando a los cuarenta años de edad se ha convertido en un repetidor de la misma lección. No se separa de su esposa porque siempre llega un nuevo hijo, aunque ya tiene otros mayores.



Serrano, 2007.

Seix Barral Biblioteca Breve

Óscar Collazos

Batallas en el
Monte de Venus



Collazos, 2003.

Santiago, para escapar de esta situación monótona se reúne a jugar parques con tres conocidos y vagar entre la oficina y la biblioteca de su casa donde su mujer siempre la embiste contra él. Un buen día Santiago sale de su casa y sin despedirse se dedica a viajar durante un largo periodo. Monta y sale de aviones, pero siempre sin alejarse de los aeropuertos. Entonces, como podría llamarse esta novela sino así, como se llama, y además por lo que aún falta por narrarse.

La modelo asesinada (2005), de Óscar Collazos, podría entrar en la categoría de novela policíaca que parece ser preparada por un experto en cocteles, es decir, con la precisión de los elementos que se deben combinar para agradar el gusto de quien quiere consumir un producto *light*. Un ex fiscal aparece como un voyeurista que no sólo se dedica a observar detrás de las cortinas, sino a filmar a sus vecinos y en un movimiento del azar se convierte en testigo de un asesinato. Desde luego un asesinato del común no realza, por lo que es necesario que se involucren las altas esferas del poder, obras de arte, una prostituta encubierta de modelo y, desde luego, el sicariato y todo lo que hay detrás del tráfico de armas.

Con *Batallas en el monte de Venus* (2003), el escritor chocoano Óscar Collazos se mantiene en ese tema que ha sabido desarrollar a través de su trayectoria literaria, el estudio de la complejidad femenina y la seducción, que muchas veces es enseñada

por la madre. Pero en el análisis de lo femenino aparece el hombre que se cree dueño de la conquista amorosa, sin darse cuenta que en el juego que realiza está lo más llano de su espíritu, la carencia total de escrúpulos.

La mujer en el umbral (2006), de Mauricio Bonnett, retoma la nostalgia de la juventud en Bogotá, pero es la nostalgia de las casas bogotanas que tienen en su interior un drama social. Las víctimas: las empleadas del servicio doméstico. La adolescencia de dos muchachos de clase alta, Diego y Sebastián, quienes se encargan de desarrollar la trama del suspenso en la que Rosa Tulia, la campesina empleada, se convierte en el objetivo erótico hormonal de Diego: “Rosa Tulia. Un nombre campesino, un nombre de sirvienta, como dirán las nefastas amigas de mi madre, pero para mí era un nombre botánico, un nombre aromático, un nombre romano: La rosa tulia. Una flor de propiedades medicinales y sedantes, una rosa narcótica. Sí. Rosa Tulia era una flor mítica de las galias”.

El poeta antioqueño Carlos Framb ha logrado con su libro, *Del otro lado del jardín* (2009), hacer desaparecer el carácter rígido de los géneros literarios. Esto se debió a que supo entretener una dolorosa experiencia personal frente al *belle morir* de su madre. Se ha mencionado que se trata de un texto conmovedor en el cual el protagonista da testimonio, y a la vez se dice que se trata de una novela desgarradora narrada en primera persona. La decisión de ayudar a morir a su madre de 82 años, aquejada por numerosas enfermedades, la tomó el sábado 20 de octubre de 2007. A la petición de su progenitora de poner fin a sus días, el poeta guardó silencio ante la decisión tomada también por acompañarla en el último viaje. Tres días duró inconsciente el poeta desde el instante en que se recostó para morir, junto a ella. En el momento de despertar comenzó el drama para el escritor. La ley cayó sobre él para acusarlo de matar a su madre. Con los meses, la dura realidad vivida por Framb da un giro cuando una sentencia absolutoria le devuelve la relativa tranquilidad ante lo que hasta ese momento seguía siendo confuso para buena parte de la sociedad. Es entonces cuando surge la necesidad de llevar a la escritura lo acontecido, y de este modo dejar que surja una verdadera pieza literaria. Se abre el libro y entre el duelo de la vida y la muerte, el espíritu del autor se torna pura sensibilidad que estremece a sus lectores.

Roberto Burgos Cantor cumplió a cabalidad el reto que imponía su ciudad de origen, Cartagena de Indias, para que se la dejara conocer literariamente, en el tema de la esclavitud, que tanto la ofendió con oprobio en su pasado. En ese sentido se une a una rica tradición sobre el tema, ya manejado en Colombia por Jorge Isaacs, Tomás Carrasquilla y Manuel Zapata Olivella. Burgos Cantor, con su novela *La ceiba de la memoria* (2007), deja en claro su maestría, su conocimiento de la historia manifestada en los detalles narrativos y la poética que desplaza en el texto cuando una esclava ciega relata los atropellos que ha sufrido desde el momento en que fue desarraigada de su África nativa y, de igual modo, con la presencia de Benkos Biojó. La obra de Burgos hace la denuncia histórica desde la filigrana de un lenguaje en el que nada es postizo, solo descarnada acusación contra los que como negros cazadores vendieron a su propia gente, el azote, el dolor de quienes eran obligados a viajar en navíos negreros.

Aguas bravías (2004), de Antonio Montaña, es quizá uno de los libros más hermosos que se haya escrito sobre la gesta de la navegación a vapor por el río Magdalena en la segunda década del siglo XIX y, sin embargo, es injustamente en equivalencia uno de los libros menos examinados por la crítica. La novela está basada en la vida de Juan Bernardo Elbers, el traficante de armas que ayudó a Bolívar cuando

militarmente estaba perdido y vagaba por las islas del Caribe. Con el río narrado, sus aguas adquieren vida, vida de sus pobladores, de su navegación, de sus crecidas y sequías, de esos barcos que tienen que irse adaptando a sus pasos para no hundirse o encallarse. El salto de la historia a la ficción se produce cuando su personaje principal, Santiago Elbers, que reemplaza en nombre y no en apellido al verdadero aventurero, se enamora de una pasajera que sube a su barco. De ahí en adelante, el río se estremece en competencias de barcos rivales que quieren ganar la exclusividad de su navegación, hasta que al final pareciera que la vida colombiana que corría por sus aguas con todos los esperpentos de una nación en construcción, se silenciara.

San Juan de la Cruz, el máximo poeta de la lengua castellana, es reconstruido en cuerpo en la novela del poeta samario Álvaro Miranda, *Un cadáver para armar* (2007). Muerto el santo, se le aparece en sueños a su hermano, el campesino tejedor de lanas de Fontiveros, y le pide que le reconstruya su desmembrado cuerpo porque quiere descansar en paz. Muchos monjes, entre ellos los Carmelitas Calzados, en rivalidad con los Carmelitas Descalzos, comunidad a la que había pertenecido el poeta, lo habían trozado al fallecer en uno de sus claustros para hacer reliquias conocidas también como *Agnus Dei*, Cordero de Dios, es decir, pequeñas porciones de huesos, cabellos o vestimenta de hombres y mujeres considerados santos, que para mejorar a los enfermos con el acercamiento de la reliquia a la parte adolorida, eran colocados en puntas de cuernos y sellados con cera de abeja y vidrio. Esta novela de Miranda está contemplada en dos partes. La primera en España, con la búsqueda y armada del cadáver, del cual no resulta uno, sino tres, porque cuando lo solicitaba, Francisco Yepes obtenía restos que sobrepasaron la cantidad propia de un esqueleto hasta terminar por armar tres. Estas “tres” reconstrucciones de san Juan, en la segunda parte de la obra, son traídas a América y de modo particular a Santa Marta y Mompo, ahí la historia da un giro imprevisible, siempre dentro de un estilo de mucha fuerza narrativa y erudición histórica.

Consuelo Triviño Anzola, en *La semilla de la ira* (2008), trae a nuestros días esa figura legendaria del hombre que más odios y amores desató entre finales del siglo XIX y los siguientes a su muerte en 1933 en España, aquel que a sí mismo se llamaba el Divino. Veinte años duró la escritora colombiana escudriñando bibliotecas y hemerotecas, hasta que por fin le surgió la idea de una novela para poner al día a ese personaje que no tenía empacho ni recato alguno en decir que era misógino y homosexual, que siempre posaba para buscar aplausos y consideraciones de poeta maldito. Desde un principio, Consuelo Triviño entendió que había que explotar literariamente la leyenda negra que había en Vargas Vila, ese ser que con el paso de los años se ha comenzado a difuminar hasta casi desaparecer del imaginario colombiano. La escritora supo por qué debía abordarlo como novela, por ello ha dicho: “Se habla mucho de él, y lo peor, se sigue desaconsejando su lectura por considerarla de mal gusto. Y eso se ha convertido en su mejor propaganda. Yo buscaba, como lo intento cuando trabajo en un personaje, su humanidad de literato vanidoso y urticante. Lo que hice fue rastrear la parte más profunda, sus sentimientos y sus heridas morales. Mi abuela hablaba de *Aura o las violetas* y decía que él odiaba a las mujeres porque había querido seducir a su madre y lo había conseguido”.

Tomás González, en *Primero estaba el mar* (2006), nos sitúa al comienzo de su novela, con esta descripción: “Elena y J. iban al mar. Pararon en pueblos polvorientos. Elena y J. se bajaban del bus, entumecidos e iban a tomar café en establecimientos que olían a orinal; individuos ventrudos se sentaban allí a inundar sus



Miranda, 2007.



Rosero, 2003.

infinitas tripas con el color dorado de la cerveza”. El viaje es también para el lector. A medida que se desplaza el texto, el lector también se mueve y ya no a un mar de ilusión, como debía ser para la pareja, sino como un mar incompatible para los viajeros, llenos de fatalidades: “Debió ser algo muy tormentoso, porque al día siguiente ella tenía un ojo negro y magulladuras en los muslos y J., dos arañazos largos en la cara. Todos los libros estaban caídos de las estanterías y la escopeta apareció bajo la cama, con un tiro disparado”.

Según su autor, Tomás González, su novela *La historia de Horacio* (2000) surge por dos circunstancias simples. Primero: vio una película de una familia de excéntricos que vivía en el campo de Connecticut y uno de los hermanos de la familia era tan nervioso que la pinchada del neumático de un auto o la sonrisa de la muchacha de un almacén, lo ponía en exaltación y terror permanente. Segundo: el personaje cinematográfico le hizo recordar a uno de sus tíos de Envigado (Antioquia), que era muy parecido. En este sentido, González retorna a la infancia, al núcleo de la familia y recrea aquellas minucias que sólo una obra de arte puede salvar del olvido eterno.

Con *Los ejércitos* (2007), Evelio Rosero nos lleva al conflicto militar de Colombia de modo diferente. En su caso se produce un rompimiento con la tradición conque siempre ha tratado en el mismo sentido el tema. Desde hacía años atrás ya manejaba esa misma concepción madura, como se puede ver en otra de sus

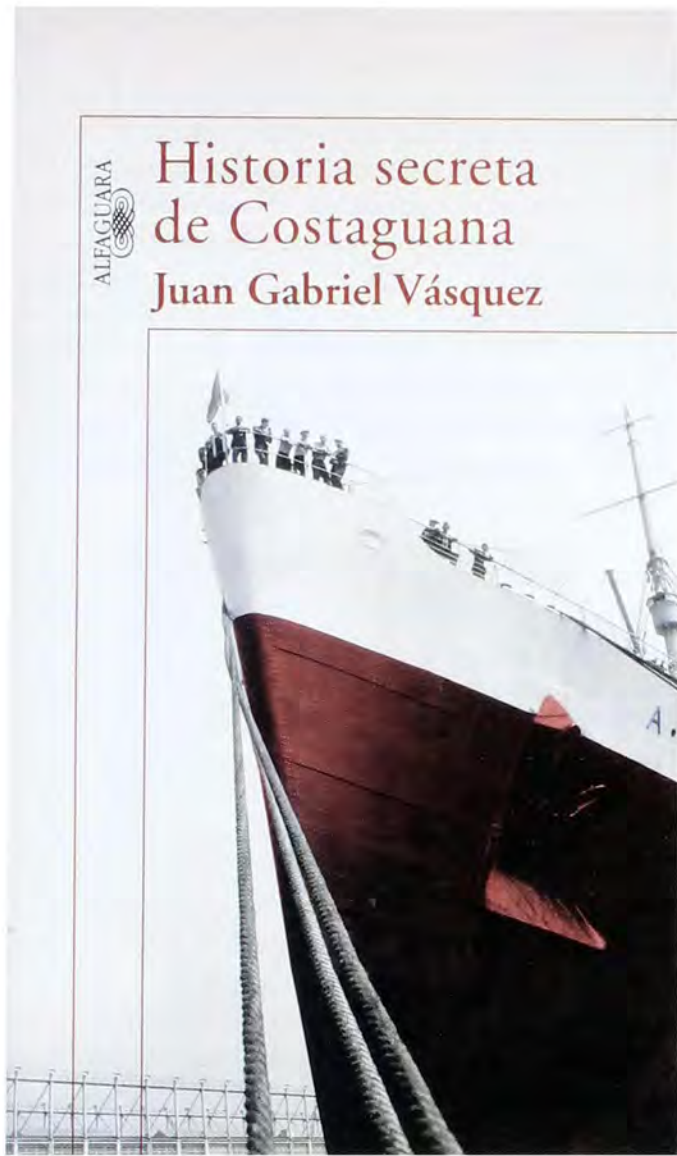
novelas, *Plutón* (2000), en la que ya sabía cuál era el camino narrativo que debía adoptar para explicar la complejidad de la vida colombiana o de otra nación en conflicto. Los personajes de Rosero en *Los ejércitos* son de una simpleza trascendental: Ismael, un profesor jubilado, no hace más que fisgonear a la mujer del vecino y Otilia, su mujer, regañarlo. Esta paz de la miseria formal de los días se desbarata cuando los ejércitos llegan. ¿Cuál de los ejércitos en conflicto? Cualquiera, ya no importa, al fin y al cabo los habitantes del pueblo San José comienzan a desaparecer. Cunde el miedo. Una mañana, Ismael sale a pasear. Cuando regresa se entera que unos soldados, y no se sabe de cuál de los ejércitos en conflicto, se han llevado a unos vecinos. Se entera de igual modo que Otilia ha salido a buscarlo. Él, por su parte, también sale en su búsqueda. La guerra sigue y ahí la desgracia de quienes sin estar de ningún lado sienten que son la nada en medio de todo el conflicto.

Durante el decenio, Evelio José Rosero produjo además las siguientes obras narrativas: *Cuchilla* (2000), novela en la que un niño narra el maltrato de un profesor a sus estudiantes. *Los almuerzos* (2001), en cuyo lugar de acción, una iglesia, que además de servir alimentos a los necesitados, es el escenario donde sucede de todo porque hay un jorobado, una ahijada libidinosa del señor cura, un oscuro sacristán, tres ancianas domésticas y la presencia de otro cura borracho que pondrá las cosas mucho más patas arriba de lo que estaban. *El hombre que quería escribir una carta* (2002) trata sobre un hombre que se levanta un día con el deseo de escribir una carta, pero está tan solo que no tiene quien se la reciba. *En el lejero* (2003), un fantasmal pueblo perdido en la cordillera adonde un día llega Jeremías Andrade en busca de alguien: Jeremías Andrade.

1851. Folletín de Cabo Roto (2007) es una de las novelas del escritor manizaleño Octavio Escobar que ha recibido muy buena crítica. El extraño título, que comienza con una fecha, 1851, hace alusión al año en que el balance sobre la independencia no muestra otra cosa que el fracaso. Uno de los comentaristas de la obra de Escobar, Adalberto Agudelo Duque, ha dicho al respecto: “José Hilario López y el partido que lo llevó al poder son conscientes de que la anhelada y batallada independencia fue un espejismo. Las tierras son aún propiedad de españoles o de concesiones de reyes y virreyes; la educación sigue en poder de jesuitas, franciscanos y dominicos y por consiguiente, el poder real lo ejercen generales y coroneles aliados con la iglesia. El mismo ejército patriota había luchado contra otro ejército realista que de tales no tuvieron sino el nombre”. De ahí los conflictos entre los campesinos y los dueños de la tierra y de todas las miserias de un país y de una región en particular, el sur de Antioquia, donde se desarrolla la novela.

En *El enfermo de Abisinia* (2008), su autor, Orlando Mejía Rivera, hace un recuento de Arthur Rimbaud en sus últimos años de existencia, cuando mostró una sintomatología que se ha considerado sífilis. Ante el esperpento de la crítica de la época que Mejía trae a colación, se ve la pasión de Paul Verlaine y el homenaje que se le rinde al poeta. La contraparte, originada en la incompreensión del genio, la hace el crítico Lepelletier, trabajado por Mejía, con la reproducción de crueles ataques a través de artículos de ese hombrecillo engeguecido por su incapacidad de entender los cambios de la poesía de Rimbaud.

Historia secreta de Costaguana (2007), de Juan Gabriel Vásquez, evoca un suceso real de nuestra historia, en el que un colombiano, con nombre propio, pero esta vez tratado artísticamente como José Altamirano, fue asaltado en su desprevenida fe al contarle a Joseph Conrad su vida y la historia que vivía Colombia para que éste la



Vásquez, 2007.



Vallejo, 2001.

empleara sin su consentimiento y desconociendo su nombre y su relato verbal, en la mejor novela del maravilloso narrador polaco: es una acusación contra el novelista Joseph Conrad. José Altamiro, colombiano de nacimiento, acaba de llegar de un país caribeño de cuyo nombre ya quisiera olvidarme. Arrastra consigo varias culpas y una historia de la cual se arrepiente, ha sido testigo de las cosas más terribles que le pueden pasar a una persona y también a un país. Pero nunca habría imaginado el encuentro que el destino tenía programado para él. Tampoco lo que le ocurriría después de conocer al famoso novelista Joseph Conrad: *Nostromo*.

Andrés Burgos, en *Mudanza* (2008), trabaja la soledad de los emigrantes. Su narración no parte desde lo externo, sino que se sincroniza con lo que bulle en el interior, en la cabeza de sus personajes. El interrogar que pareciera proponer Burgos es: “¿Solamente yo existo obispo Berkely?” Al parecer Ana, el personaje de esta novela, es una solipsista, ese tipo de fenomenología que lleva a entender que el universo que contemplamos es un universo imaginario, y que todo lo demás que se percibe sólo existe en nuestra imaginación. Para Ana nada sucede afuera. Daniel, su hombre amado, ha muerto y para ella el suceso ha sido un hecho más. Burgos, con su personaje ubicado en los Estados Unidos, ha realizado el retrato de las sociedades que ya se hundieron en el aglomerado de la soledad que deja el progreso.

Fernando Vallejo, en el esplendor de la irreverencia, ha construido con su novela *El desbarrancadero* (2001), una conmoción más para la tradición. El narrador-protagonista llega a Medellín a relacionarse con la muerte. Su padre y su hermano Darío se están muriendo. Darío atacado por el sida no sigue el dictamen de los médicos y se aparta del tratamiento. Lo que más desea el narrador-protagonista (y hay que insistir en estos dos sustantivos unidos por un guion) es apartarse, procurando alejarse de la figura de la madre, a quien detesta por ser el engendro de la maldad. El fin de los sentimientos tradicionales llega con la gracia y el desparpajo de liquidar al padre suministrándole una sustancia que le ayude a acabar con su vida y de este modo terminar de una vez y para siempre con sus sentimientos. Solución del complejo de Edipo y el de Electra diría un psicólogo ante el exterminio total de la familia. Con su otra novela, *Mi hermano el alcalde* (2004), Fernando Vallejo nos lleva a la población de Támesis, un pueblo ciento por ciento antioqueño con el nombre de un río ciento por ciento londinense.

Arturo Alape, el escritor caleño fallecido a los 68 años de edad en 2006, había basado la escritura de sus libros en el recurso testimonial. En su novela *El cadáver insepulto* (2005), también empleó este recurso basado en uno de los sucesos que más investigó, la revuelta popular acaecida inmediatamente después del asesinato del candidato presidencial Jorge Eliécer Gaitán el 9 de abril de 1948. En este caso se trata de un hecho alterno y muy común dentro de los cientos que se dieron como consecuencia del magnicidio. Su personaje, el capitán Ezequiel Toro, en la vida real Tito Orozco, capitán de la Quinta División de Policía, había desaparecido y posteriormente fue fusilado. Su mujer, Tránsito Ruiz, es la narradora. Como viuda, viaja durante cinco años, por todas las regiones del país a preguntar quién había mandado matar a su marido. Sabe que el asesino material es Cuervo Araoz y en su sed de venganza la mujer le desea al asesino que se muera de cáncer en la lengua. Cuatro años después su maldición se cumple y el asesino de Ezequiel muere de cáncer en el colon. Dentro de la trama aparece un periodista que hizo época por sus crónicas, Felipe González Toledo, autor de muchos artículos periodísticos, entre otros el titulado “La fritanguera y el retratista”. Alape hace reconocimiento a este reportero, quien aparece en la novela con todas las características de un sabueso ante los crímenes, pero nunca, al igual que Tránsito, logra saber quién ordenó matar a Ezequiel Toro.

Cinco años antes de la mencionada novela, Arturo Alape había escrito *Sangre ajena* (2000). Literariamente había empleado la misma técnica: el testimonio. En esa ocasión se trataba de averiguar las actuaciones de un sicario en Medellín. Quien da los testimonios es Chatarra, figura que condensa tantos otros que de igual forma tenían sobre sus hombros una realidad tremebunda.

En el caso del antioqueño Héctor Abad Faciolince con *El olvido que seremos* (2006), el testimonio lo ubica ya no en el campo de lo social, sino en el eje de lo personal, en el cual su validez trae otras connotaciones. Los sucesos del interior de la casa se ligan a la biografía, aquello que la memoria y los testimonios del grupo aceptan como verídico, pero con derecho a la ficción para que la novela se pueda construir. Cuarenta y dos capítulos donde el padre, el médico Héctor Abad Gómez, asesinado el 25 de agosto de 1987 por su actuar político y social, se convierte para su hijo, en el lugar del vacío perpetuo y sólo con su reconstrucción literaria, ese vacío, que seguirá siendo vacío, puede alcanzar la dimensión de lo palpable.

Un escritor debe ser muy cuidadoso en la escogencia de los títulos de sus obras o de lo contrario le puede acontecer lo que le sucedió a Héctor Abad Faciolince,



Faciolince 2000.



Bacca, 2002.

autor de la novela *Basura* (2000). De inmediato comentaristas del facilismo se prenden del término para catalogar la parte por el todo, el título de la portada por el contenido. En *Basura*, Bernardo Davanzati es un viejo encorvado de ojos azules que vive en un edificio cualquiera, en el apartamento 301 del barrio Laureles de Medellín. Es un hombre próximo a los setenta años de edad, encorvado y de mirada arrogante y, por considerarse un novelista fracasado, arroja sus manuscritos por el *shut* para que nadie los lea. El narrador, que a la vez es su vecino del 201, encuentra entre sobras de comida y desperdicios lo que a diario es arrojado y se convierte en su fanático y único lector. Simbólicamente, y del mismo modo que Davanzati, muchos escritores arrojan a diario sus escritos, no tanto al bote de la basura, sino al del silencio, donde, como es obvio, nadie los lee.

Con *Angosta* (2004), Héctor Abad Faciolince lleva a su lector a un lugar real que sólo se concibe en la fantasía, aunque tenga su par en cualquier lugar del mundo. La ciudad de Angosta está ubicada en un estrecho valle de los Andes suramericanos, pero podría ser en cualquier otro territorio geográfico. La violencia, el conflicto que ahí se vive, es el colombiano. El perfil de su distribución geográfica hace pensar mucho en lo que ha sido este reino de la Nueva Granada que alguna vez fue de España y hoy de quién sabe quién en la república de Colombia. En la tierra fría los que mandan, en la tierra templada los de segundo orden y en bocas del infierno los condenados. Por ello su organigrama literario consiste en una metrópolis de tres

pisos, tres castas y tres climas. La ciudad no se integra. El río Turbio la parte y en sus aguas caudalosas flotan los muertos para que al final desaparezcan en el Salto de los Desesperados. Se halla separada por las montañas, dividida por un muro, y cada casta excluida y recluida en su propio sector.

El narrador Ramón Illán Bacca, nacido en Santa Marta, ha tomado el carnaval de Barranquilla, sobre el Caribe colombiano, para desarrollar su novela *Disfrázate como quieras* (2002). El nombre del libro nace de una comparsa de las carnestolendas, en la que quien quiera participar en ella puede llevar el atuendo que desee. Es por eso que los dos personajes que aparecen asesinados en un hotel durante los días de fiesta que preceden la cuaresma religiosa, llevaban un embozo circunstancial. El cuerpo de Jerónimo Carazúa, hijo de un reconocido senador de la república, llevaba un hábito de monje, mientras que el de su compañera de infortunio tenía puesta una máscara veneciana. El juez del caso, llamado Sócrates Bruno Manos Albas, resulta un fiasco a pesar de llevar sus diligencias entre variedad de personajes que van desde periodistas, prostitutas y seminaristas por diversas partes del planeta, desde el Caribe, pasando por Berlín hasta llegar a Shanghái.

Tal vez el sustantivo folletín al que alude —entre otros críticos— Ariel Castillo Mier, sea también un tanto ahistórico. El término ha perdido vigencia. Más bien es la imagen del cómic, y al parecer los trazos del ibérico Pratt, la que más se relaciona con las aventuras que se cruzan en las páginas de *Disfrázate como quieras*. Esta novela, como muchos de los escritos de Ramón Illán Bacca, resultan de un humor patético, siempre en un sarcasmo bien hilvanado en el que la sociedad que él retrata no puede quitarse, gracias a su mordaz crítica, el disfraz bajo el cual trata de ocultarse.

La novela colombiana tuvo un buen repunte editorial en lo que corresponde a los años en los cuales se enmarca este inventario. Esto se debió a que en el 2008, Ediciones Pijao de Ibagué dio a conocer cincuenta títulos de autores colombianos del género. Muchos de los títulos son de vieja data, de otros años de publicación o corresponden a escritores ya fallecidos. Entre quienes salen como obra inédita, es decir, como primera edición o fueron editadas ya en el marco de estos diez años, habría que resaltar las siguientes: Jaime Mejía Duque, *El giro del zodiaco*; Fanny Buitrago, *El legado de Corín Tellado*; Manuel Giraldo-Magil, *En noche de carnaval*; Roberto Burgos Cantor, *Con las mujeres no te metas o macho abrázame otra vez*; José Stevenson, *El domador de los vientos*; Antonio Mora Vélez, *Los nuevos iniciados*; Boris Salazar, *Los caballeros las prefieren muertas*; Enrique Cabezas Rher, *Estas otras palmeras*; Fabio Martínez, *El fantasma de Ingrid Balanta*; Fernando Ayala Poveda, *La mirada del adiós*; Laureano Alba, *El silencio de las cosas perdidas*; Álvaro Hernández V., *Tiempo sin nombre*; Humberto Rodríguez Espinosa, *La reforma* y Óscar Godoy Barbosa, *El arreglo*.

OBRAS CITADAS

AGUDELO DUQUE, Adalberto, *Abajo, en la 31*, Pereira, Editorial Papiro, 2007.

ALAPE, Arturo, *Sangre ajena*, Bogotá, Editorial Planeta, 2000.

—, *El cadáver insepulto*, Bogotá, Editorial Planeta, 2005.

ARDILA, Emma Lucía, *Sed*, Medellín, Universidad Eafit, 1999.

- BACCA, Ramón Illán, *Disfrázate como quieras*, Bogotá, Seix Barral, 2002.
- BERNAL, Mauricio, *Tácticas contra el tedio*, Bogotá, Villegas Editores, 2008.
- BONNETT, Mauricio, *La mujer en el umbral*, Bogotá, Alfaguara, 2006.
- BRETÓN FAJARDO, Joaquín, *Derrota victoriosa*, Bucaramanga, Sic Editorial, 2001.
- BURGOS, Andrés, *Mudanza*, Bogotá, Alfaguara, 2008.
- BURGOS CANTOR, Roberto, *La ceiba de la memoria*, Bogotá, Editorial Planeta, 2007.
- CARVAJAL, Alfonso, *Hábitos nocturnos*, Bogotá, Random House Mondadori, 2008.
- CHARRY, Luis Fernando, *Alford*, Bogotá, Planeta, 2002.
- , *Los niños suicidas*, Bogotá, Villegas Editores, 2004.
- COLLAZOS, Óscar, *Batallas en el monte de Venus*, Bogotá, Seix Barral, 2003.
- , *La modelo asesinada*, Bogotá, Editorial Planeta, 2005.
- DÍAZ GRANADOS, José Luis, *Ómphalos*, La Habana, Ediciones Tritón, 2003.
- , *Los años extraviados*, Bogotá, Editorial Planeta, 2007.
- ESCOBAR GIRALDO, Octavio, *Saide*, 2006.
- , *1851. Folletín de Cabo Roto*, Bogotá, Intermedio Editores, 2007.
- ESCOBAR VELÁSQUEZ, Mario, *Muy Caribe está*, Medellín, Universidad Eafit, 1999.
- ESPINOSA, Germán, *La balada del pajarillo*, Bogotá, Alfaguara, 2000.
- , *Rubén Darío y la sacerdotisa de Amón*, Bogotá, Editorial Norma, 2003.
- , *Cuando besan las sombras*, Bogotá, Alfaguara, 2004.
- , *Aitana*, Bogotá, Alfaguara, 2007.
- FACIOLINCE, Héctor Abad, *Basura*, Madrid, Ediciones Lengua de Trapo, 2000.
- , *Angosta*, Bogotá, Seix Barral, 2004.
- , *El olvido que seremos*, Bogotá, Editorial Planeta, 2006.
- FAYAD, LUIS, *La caída de los puntos cardinales*, Bogotá, Editorial Planeta, 2000.
- , *Testamento de un hombre de negocios*, Bogotá, Arango Editores, 2004.

- , *El regreso de los ecos*, Bogotá, Arango Editores, 2006.
- FRAMB, Carlos, *Del otro lado del jardín*, Bogotá, Editorial Planeta, 2009.
- GAMBOA, Santiago, *Vida feliz de un joven llamado Esteban*, Bogotá, Ediciones B, Grupo Z, 2000.
- , *Los impostores*, Barcelona, Seix Barral, 2002.
- , *El síndrome de Ulises*, Bogotá, Editorial Planeta, 2005.
- , *Hotel Pekín*, Bogotá, Seix Barral, 2008.
- , *Necrópolis*, Editorial Norma, Bogotá, 2009.
- GARCÉS GONZÁLEZ, José Luis, *Isaac*, Medellín, Editorial Paso de Gato, 2000.
- GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel, *Memoria de mis putas tristes*, Bogotá, Editorial Norma, 2004.
- GONZÁLEZ, Tomás, *La historia de Horacio*, Bogotá, Editorial Norma, 2000.
- , *Primero estaba el mar*, Bogotá, Editorial Norma, 2006.
- JARAMILLO AGUDELO, Darío, *Memorias de un hombre feliz*, Bogotá, Alfaguara, 2000.
- , *El juego del alfiler*, Valencia, Pre-Textos, 2002.
- , *Novela con fantasma*, Valencia, Pre-Textos, 2004.
- , *La voz interior*, Madrid, Pre-Textos, 2006.
- LONDOÑO, Julio César, *Proyecto piel*, Bogotá, Seix Barral, 2008.
- MALLARINO FLÓREZ, Gonzalo, *Según la costumbre*, Bogotá, Alfaguara, 2003.
- , *Delante de ellas*, Bogotá, Alfaguara, 2005.
- , *Los otros y Adelaida*, Bogotá, Alfaguara, 2006.
- , *Santa Rita*, Bogotá, Alfaguara, 2009.
- MEJÍA RIVERA, Orlando, *La generación mutante. Nuevos narradores colombianos*, Manizales, Editorial Universidad de Caldas, 2002.
- , *El enfermo de Abisinia*, Barcelona, Editorial Bruguera, 2008.
- MENDOZA, Mario, *Satanás*, Bogotá, Planeta, 2001.
- MIRANDA, Álvaro, *Un cadáver para armar*, Bogotá, Intermedio Editores, 2007.
- MONTAÑA, Antonio, *Aguas bravías*, Bogotá, Villegas Editores, 2004.

MONTOYA, Pablo, *Lejos de Roma*, Bogotá, Alfaguara, 2008.

MONTT, Nahum, *El eskimal y la mariposa*, Bogotá, Alcaldía Mayor, Instituto Distrital de Cultura y Turismo, 2004.

MORENO-DURÁN, Rafael Humberto, *Desnuda sobre mi Cabra*, Bogotá, Alfaguara, 2006.

OSPINA, William, *Ursúa*, Bogotá, Santillana, 2005.

—, *El país de la canela*, Bogotá, Editorial Norma, 2008.

PARRA SANDOVAL, Rodrigo, *El don de Juan*, Bogotá, Alcaldía Mayor, Instituto Distrital de Cultura y Turismo, 2002.

PEROZZO, Carlos, *La O de aserrín*, Bogotá, Villegas Editores, 2004.

PORRAS, José Libardo, *Happy birthday, Capo*, Bogotá, Editorial Planeta, 2008.

RESTREPO, Laura, *La novia oscura*, Bogotá, Editorial Norma, 1999.

—, *La multitud errante*, Bogotá, Editorial Planeta, 2001.

—, *Olor a rosas invisibles*, Buenos Aires, Sudamericana, 2002.

—, *Delirio*, Bogotá, Alfaguara, 2004.

—, *Demasiados héroes*, Bogotá, Alfaguara, 2009.

ROBLEDO CADAVID, Álvaro, *Nada importa*, Bogotá, Planeta, 2000.

ROSERO, Evelio, *Plutón*, Bogotá, Espasa-Calpe, 2000.

—, *Cuchilla*, Bogotá, Editorial Norma, 2000.

—, *Los almuerzos*, Medellín, Universidad de Antioquia, 2001.

—, *El hombre que quería escribir una carta*, Bogotá, Editorial Norma, 2002.

—, *En el lejero*, Bogotá, Editorial Norma, 2003.

—, *Los ejércitos*, Barcelona, Tusquets Editores, 2007.

SÁNCHEZ BAUTE, Alonso, *Al diablo la maldita primavera*, Bogotá, Alcaldía Mayor de Bogotá, 2002.

SERRANO, Enrique, *Tamerlán*, Bogotá, Seix Barral, 2003.

—, *Donde no te conozcan*, Bogotá, Editorial Planeta, 2007.

—, *El hombre de diamante*, Bogotá, Seix Barral, 2008.

TRIVIÑO, ANZOLA, Consuelo, *La semilla de la ira*, Bogotá, Editorial Planeta, 2008.

VALLEJO, Fernando, *El desbarrancadero*, Bogotá, Alfaguara, 2001.

—, *Mi hermano el alcalde*, Bogotá, Alfaguara, 2004.

VÁSQUEZ, Juan Gabriel, *Historia secreta de Costaguana*, Bogotá, Alfaguara, 2007.

VÉLEZ DE PIEDRAHÍTA, Rocío, *Muellemente tendida en la llanura*, Medellín, Universidad Eafit, 1999.

BIBLIOGRAFÍA

Imágenes

ABAD FACIOLINCE, Héctor, *Basura*, Madrid, Ediciones Lengua de Trapo, 2000.

AGUDELO DUQUE, Adalberto, *Abajo, en la 31*, Pereira, Editorial Papiro, 2007.

BACCA, Ramón Illán, *Disfrázate como quieras*, Bogotá, Seix Barral, 2002.

COLLAZOS, Óscar, *Batallas en el monte de Venus*, Bogotá, Seix Barral, 2003.

ESCOBAR GIRALDO, Octavio, *Saide*, 2006.

ESPINOSA, Germán, *Rubén Darío y la sacerdotisa de Amón*, Bogotá, Editorial Norma, 2003.

FAYAD, Luis, *Testamento de un hombre de negocios*, Bogotá, Arango Editores, 2004.

JARAMILLO AGUDELO, Darío, *Memorias de un hombre feliz*, Bogotá, Alfaguara, 2000.

LONDOÑO, Julio César, *Proyecto piel*, Bogotá, Seix Barral, 2008.

MALLARINO FLÓREZ, Gonzalo, *Delante de ellas*, Bogotá, Alfaguara, 2005.

MÁRQUEZ, Gabriel García, *Memoria de mis putas tristes*, 2004.

MEJÍA RIVERA, Orlando, *La generación mutante; nuevos narradores colombianos*, Manizales, Editorial Universidad de Caldas, 2002.

MIRANDA, Álvaro, *Un cadáver para armar*, Bogotá, Intermedio Editores, 2007.

MONTOYA, Pablo, *Lejos de Roma*, Bogotá, Alfaguara, 2008.

MONTT, Nahum, *El eskimal y la mariposa*, Bogotá, Alcaldía Mayor, Instituto Distrital de Cultura y Turismo, 2004.

MORENO-DURÁN, Rafael Humberto, *Desnuda sobre mi Cabra*, Bogotá, Alfaguara, 2006.

OSPINA, Willian, *Ursúa*, Bogotá, Alfaguara, 2005.

RESTREPO, Laura, *La novia oscura*, Bogotá, Editorial Norma, 1999.

ROSERO, Evelio, *En el lejero*, Bogotá, Editorial Norma, 2003.

SERRANO, Enrique, *Donde no te conozcan*, Bogotá, Seix Barral, 2007.

VALLEJO, Fernando, *El desbarrancadero*, Bogotá, Alfaguara, 2001.

VÁSQUEZ, Juan Gabriel, *Historia secreta de Costaguana*, Bogotá, Alfaguara, 2007.

VÉLEZ DE PIEDRAHÍTA, Rocío, *Muellemente tendida en la llanura*, Medellín, Universidad Eafit, 1999.